ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	13
Tema I. LA SUPUESTA CRISIS DEL SIGLO III Y SU REPERCUSIÓN EN HISPANIA	17
Escasez de información en la etapa de decadencia	17
El gobierno de Marco Aurelio (121-180 d. C.)	17
El gobierno de Cómodo	21
Las guerrras civiles y los severos	24
La dinastía de los severos	31
Situación de Hispania en esta época	34
El periodo de los gordianos y la anarquía militar	37
Los años terribles del Imperio: de Filipo el Árabe (244-249) a Galieno (253-268)	38
Testimonios de estos emperadores en la península	42
Los emperadores Ilirios	45
La visión de la crisis	51
La repercusión de los problemas del Imperio en Hispania	59
Cronología	62
Bibliografía	64
Tema II. LA HISPANIA TARDOIMPERIAL HASTA LAS INVASIONES DEL SIGLO V	67
El imperio nuevo de Diocleciano	67
Reformas	69
El imperio de Constantino	77
La dinastía constantiniana	81
Joviano y la dinastía valentiniana	84
Teodosio y la dinastía teodosiana	87
Cronología	90
Bibliografía	93

<i>Tema III. LA CRISTIANIZACIÓN DE HISPANIA</i>	95
El cristianismo primitivo en Hispania	95
Persecuciones	98
Prisciliano y el priscilianismo	106
El proceso de enculturación cristiana en la época tardoimperial	112
Los grandes autores hispanos: Prudencio, Orosio e Hidacio	116
Prudencio	116
Orosio	119
Hidacio	124
Bibliografía	129
 <i>Tema IV. LA ADMINISTRACIÓN CIVIL ROMANA EN HISPANIA</i>	 131
Reformas territoriales	131
La creación de la diócesis	133
Alteración del territorio de las provincias	136
Delimitación territorial de las provincias	136
Capitales de las provincias y de la diócesis	142
Los rangos de las provincias de la Diócesis Hispaniarum	144
Situación administrativa tras las invasiones del siglo v	147
Jerarquización, cohesión administrativa y reorganización de funciones	149
La organización del ejército de la Diócesis Hispaniarum	159
Bibliografía	164
 <i>Tema V. LA ECONOMÍA TARDOIMPERIAL</i>	 167
Características de la economía romana, productividad y estancamiento tecnológico	167
Paisaje urbano y paisaje rural	168
La cuestión de la decadencia de las ciudades y el proceso de ruralización	169
Propiedades agrarias	178
Los latifundios	179
Actividades económicas	184
Exportaciones	185
Importaciones	188
Las finanzas	189

La <i>res privata</i>	190
Las <i>sacrae largitiones</i>	193
Prefectura del pretorio	197
Bibliografía	201
Tema VI. LA ORGANIZACIÓN SOCIAL	205
Consideraciones previas	205
Los <i>Honestiores</i>	206
Senadores y familias senatoriales	206
Los <i>Humiliores</i>	218
Plebe urbana y profesiones	218
Plebe rústica	222
Los esclavos	230
Bibliografía	233
Tema VII. LA TORMENTA DE LAS INVASIONES Y LA CONFIGURACIÓN DEL REINO VISIGODO	237
Las invasiones	237
El dominio suevo	257
La configuración de un gran reino: el reinado de Eurico	271
El reinado de Alarico II (484-507)	276
La configuración del reino visigodo en Hispania. El período de influencia ostrogoda	282
El reinado de Teudis (531-548)	288
El reinado de Atanagildo (551/555-567)	296
El gran reinado de Leovigildo (571/72-586)	299
Cronología	322
Bibliografía	325
Tema VIII. EL REINO CATÓLICO DE TOLEDO	329
La etapa final del reinado de Leovigildo	329
El reinado de Recaredo (586-601)	330
Sublevaciones	332
Los sucesores de Recaredo: Liuva II, Witerico y Gundemaro	341
Sisebuto (612-621)	346

Suintila (621-631)	351
Cronología.....	354
Bibliografía.....	355
Tema IX. PERÍODO CONSTITUYENTE	359
El reinado de Sisenando (631-636).....	359
El reinado de Chintila (636-639).....	364
Tulga (639-642)	368
Chindasvinto, rey único (642-649)	369
La asociación de Recesvinto al trono (649-653)	372
Recesvinto, rey único (653-672).....	374
Las decisiones del VIII Concilio de Toledo	376
Cronología.....	382
Bibliografía.....	383
Tema X. ÚLTIMOS REYES VISIGODOS	385
Reinado de Wamba (672-680).....	387
El reinado de Ervigio (680-687).....	397
Egica, rey único (687-700/702) y compartido con Witiza (698-700/702)	404
La corregencia con Witiza (698-700/702)	411
Witiza, único rey (702-710)	413
Don Rodrigo rey (710-711) y la invasión de España.....	414
Cronología.....	422
Bibliografía.....	423
Tema XI. ACTIVIDADES ECONÓMICAS EN EL REINO VISIGODO	425
Asentamiento de los pueblos bárbaros	425
La administración del reino	429
Hacienda pública	432
Fiscalidad.....	434
La actividad industrial y artesanal	438
Comercio	440
Moneda y crédito	443
Crédito	451
Bibliografía.....	452

<i>Tema XII. LA SOCIEDAD EN EL REINO VISIGODO</i>	455
Otras minorías étnicas	455
La población hispanorromana	458
El elemento germánico y godo	460
Ejército	463
Población urbana y población rural	466
La sociedad hispanovisigoda	469
La amplia masa social de condición libre	474
Clase trabajadora	476
Esclavos	478
Libertos	482
Bibliografía.....	484
<i>Mapas</i>	489
<i>Bibliografía</i>	501

TEMA II
LA HISPANIA TARDOIMPERIAL HASTA LAS INVASIONES
DEL SIGLO V

EL IMPERIO NUEVO DE DIOCLECIANO

Diocleciano, después de haber sido proclamado emperador en Nicomedia en el año 284, derrotó a Carino, hijo de Caro, y afrontó los dos problemas más acuciantes del momento: la unidad del Imperio y la seguridad en la sucesión de los emperadores. El sistema de reparto de poder, que culminará en el año 293 con la constitución de la Tetrarquía, no se ideó de golpe, estaba basado en la existencia de dos Augustos y dos Césares que sustituirían los dos últimos a los primeros en el momento oportuno, sistema que se fue decantando poco a poco bajo la presión de los acontecimientos. Los ataques bárbaros en la frontera del Rin y los saqueos de los bagaudas en las tierras de la Galia demandaban la conveniencia de nombrar César (285) a Maximiano, un experimentado militar, para que se responsabilizara de los asuntos de Occidente, mientras Diocleciano se ocupaba de Oriente. Diocleciano tomó el sobrenombre de Jovino (*Iovius*), título que le relacionaba con Júpiter, divinidad suprema romana, y Maximiano, el de Herculio (*Herculius*), derivado de Hércules, un semidiós que había salvado a Júpiter en su lucha contra los peligrosos gigantes, de igual manera que ahora se requería su ayuda para liberar al Imperio de los peligros que le acechaban. Ambos gobernantes fundamentaban su poder en la relación religiosa con esas divinidades, pero, al mismo tiempo, dicha relación mostraba la primacía de Diocleciano respecto de Maximiano, dado que Diocleciano tenía el poder delegado de Júpiter, mientras que Maximiano lo recibía de Hércules.

Maximiano, cumpliendo las expectativas puestas en su nombramiento, acabó enseguida con las dos tareas encomendadas. Por eso, cuando el usurpador Carausio se proclamó Augusto en Britania, Diocleciano consideró conveniente nombrar Augusto a Maximiano (año 286). Carausio se mantuvo en el poder hasta el 293, cuando fue asesinado y sustituido por Alecto, que reinaría tres años (296).

El paso definitivo en la constitución del sistema tetrárquico se produjo en marzo del 293 cuando Galerio, en Nicomedia, y Constancio, en Milán,

fueron nombrados en el mismo día Césares respectivos de Diocleciano y de Maximiano. Los nombramientos y acuerdos se reforzaron con la correspondiente adopción de los títulos de Herculino y Jovino y el estrechamiento de los lazos familiares. Galerio se divorció de su esposa y se casó con Galeria Valeria, hija de Diocleciano; a su vez, Constancio se casó con Teodora, hija de Maximiano. Ambos Augustos se comprometían a abandonar el poder cuando llevaran veinte años en el cargo. Ese vencimiento sucedería en el año 305 (285-305) y hasta entonces el sistema de la Tetrarquía funcionó bien.

El reparto territorial

Conforme al sistema establecido de la Tetrarquía, cuatro gobernantes, que legitimaban su poder por su vinculación divina y el éxito de las armas, se repartían las responsabilidades de gobierno de unos territorios que realmente formaban un Imperio único. Diocleciano se reservó el gobierno de Oriente, Egipto y Asia. Galerio, el César de la parte oriental del Imperio, se hizo cargo de Grecia y de las provincias danubianas. En la *pars Occidentalis* del Imperio, el Augusto Maximiano administró, sin duda alguna, Italia y África, y el César Constancio, los territorios de la Galia y Britania. No se conoce con seguridad a quien correspondió el gobierno de Hispania. Lactancio (*De mort.* 8.3), la fuente más próxima a los hechos, la adjudica a Maximiano, mientras que Juliano (*Or.*, 3. 2) y Aurelio Víctor (*Caes.*, 39. 30) se la asignan a Constancio, proporcionando un pequeño apoyo a este respecto dos miliares encontrados en Lusitania. Pero varios indicios de diversa entidad hacen suponer que Hispania correspondió a Maximiano, como lo dice Lactancio, pero que además es poco probable que en la reorganización administrativa el Augusto recibiese menos territorios que el César correspondiente. Por otra parte, durante la denominada Segunda Tetrarquía, Hispania correspondió a Constancio Cloro, que a la sazón era ya Augusto.

Tras el reparto del poder, los Augustos y los Césares se dispusieron a remediar los problemas militares de sus respectivas áreas de gobierno. Constancio desembarcó en Britania y puso fin a la usurpación de Aleto, mientras Maximiano se dirigía a África para combatir a los bereberes. A su paso por Hispania sostuvo allí una breve guerra, mencionada en un papiro, contra unos enemigos que no están especificados en el documento. Pudiera tratarse de francos, que asolaron en esa época las costas del Mediterráneo,

o de una probable incursión de *mauri*, hecho hipotético que aconsejaría, posiblemente, la futura adscripción de la provincia Mauritania Tingitana a la diócesis de Hispania.

REFORMAS

Las reformas militares

La defensa del Imperio fue una de las prioridades de Diocleciano. Pero la protección del Imperio era imposible sin la existencia de un ejército eficaz, suficiente y bien aprovisionado. Los primeros pasos en su atención al ejército romano se dieron en los reinados anteriores, cuando los miembros del orden ecuestre tuvieron más posibilidades de ocupar altos cargos militares y se aumentaron los efectivos, las pagas y los donativos a los soldados. En época de Diocleciano se intensificaron y aceleraron estas reformas, que Lactancio asocia al establecimiento de la Tetrarquía, pues cada uno de sus cuatro miembros quiso disponer de más efectivos que cualquiera de los emperadores anteriores. Acusa a Diocleciano de haber cuadruplicado los efectivos del ejército llenando sus filas de bárbaros. Es una visión bastante exagerada y despectiva contra el perseguidor de los cristianos. Resulta difícil conocer con exactitud los contingentes reales del ejército romano. Los cálculos más razonables sitúan sus dimensiones en torno a los 400.000 hombres.

Ciertamente, los efectivos militares crecieron durante el gobierno de Diocleciano, pero parte de ese incremento se produjo en el siglo III. Es verdad, sin duda alguna, que los apelativos *Iovia*, *Herculia*, *Diocletiana* y *Maximiana* que llevan algunas legiones que están mencionadas en la *Notitia Dignitatum*, una fuente algo posterior, indican claramente que Diocleciano creó nuevas unidades legionarias. Pero al mismo tiempo hay que tener presente que, a la vez que se aumentaba el número de legiones, se reducían los componentes de las unidades legionarias, que pasaba a tener en torno a los 1.000 hombres frente a los 5.000 de las anteriores. A su vez, los destacamentos especiales (*vexillationes*) contaron con 500 hombres.

Al aumento de los efectivos le siguió un planteamiento táctico en la distribución de las legiones con vistas a hacer más eficaz la defensa. Las unidades legionarias se desplegaron por un número mayor de provincias. Cada provincia fronteriza disponía, por lo general, de un par de legiones. Esta

distribución de las legiones se complementó con el fortalecimiento del dispositivo de las defensas de las fronteras. Se levantaron fuertes, se consolidaron los obstáculos naturales contra el enemigo y se construyeron carreteras, que permitían actuar con más eficacia a las unidades militares, pues facilitaban el rápido traslado de tropas, pertrechos y suministros a las fronteras. Este dispositivo táctico y estratégico era muy necesario, pues el reforzamiento del *limes* no formaba una línea continua, sino que consolidaba solo los sectores fronterizos más vulnerables, quedando conectados entre sí por la red de rutas militares desde el Occidente al Oriente. La *Strata Diocletiana*, por ejemplo, iba desde el Mar Rojo hasta Dura, a orillas del Éufrates. Zósimo (II, 34) alaba el reforzamiento del *limes* ordenado realizar por Diocleciano.

Reformas administrativas

Algunos de los cambios producidos en el ámbito administrativo son pasos importantes en una evolución que alcanzará la época de Constantino. Uno de los cambios, que sorprendió profundamente a los contemporáneos, consistió en la división de las provincias. Lactancio (*De mort.*, 7. 4) acusa a Diocleciano *el haber subdividido las provincias hasta el infinito*.

Provincias y Diócesis

Ciertamente Diocleciano duplicó el número de provincias. Cuando tomó el gobierno, había 48 provincias y cuando lo dejó, en 305, estaban en torno a las cien. Pero no lo hizo, como da a entender Lactancio, por razones fiscales exclusivamente. Razones militares y estratégicas decidieron la creación de algunas de ellas y, en cualquier caso, era muy conveniente para el Imperio que la administración funcionase con mayor facilidad, rapidez y eficacia y obtuviese los ingresos y recursos que el Estado y el ejército necesitaban para atender a sus enormes gastos. El aumento de provincias venía a facilitar esta tarea. Además, Diocleciano no hacía más que acelerar un proceso que ya estaba en marcha y que continuará después de su mandato, pues la creación de algunas provincias no es anterior al año 312. La «provincialización» de Italia fue otro de los cambios introducidos. Italia, eximida hasta entonces del pago de tributos, perdía este pri-

vilegio y debía pagar como las demás provincias y contribuir a la *annona*, a excepción de Roma y su territorio.

Gobernadores y vicarios

Se considera que Diocleciano favoreció el acceso a los puestos de la administración provincial a los miembros del orden ecuestre en detrimento de los senadores. En realidad, se trataba de un proceso que se daba ya en el siglo III, cuando las necesidades proporcionaron a los militares del orden ecuestre mayor protagonismo; pero los senadores no fueron excluidos del ejército ni de los cargos de gobernador, pues en época de Diocleciano siguieron siendo utilizados como *correctores*, esto es, como gobernadores de las regiones de Italia. La duplicación de provincias y la tendencia, que se iba imponiendo en ellas, de separar las funciones civiles, que quedaron como antes en manos de los gobernadores, de las tareas militares, asumidas progresivamente por los *duces*, hizo necesaria la utilización de un número mayor de personas destinadas a esos cargos, por lo que Diocleciano ofreció esos puestos a los miembros del orden ecuestre.

De esta forma, nos encontramos que los gobiernos regionales de Italia fueron ocupados por *correctores*, que, como se ha dicho, eran, generalmente, miembros del orden senatorial. Por el contrario, la mayoría de las provincias del Imperio fueron *praesidiales*, esto es, habían sido puestas bajo el mando de un gobernador *praeses*, una persona, *vir perfectissimus*, que pertenecía al orden ecuestre. Sería Constantino quien restableció los gobiernos senatoriales de las provincias, llamadas *consulares* para distinguirlas de las *praesidiales*. El gobierno de estas provincias consulares estaba a cargo de un miembro del senado, esto es de un *vir clarissimus*.

Diocleciano, para evitar la dispersión de los gobiernos provinciales, potenciar la cohesión administrativa y facilitar los cauces a través de los cuales la directrices emanadas de la administración central pudieran llegar fácilmente a las provincias, estableció entre éstas y la administración central doce nuevas unidades administrativas, denominadas diócesis (seis para Oriente: Oriente, Ponto, Asia, Tracia, Mesia y Panonia, y seis para Occidente: Britania, Italia, Galia, Hispania, Vienense y África), que comprendían un número desigual de provincias: la diócesis de Oriente tenía dieciséis, la de Hispania seis y la de Britania se dejó en cuatro. Cada diócesis contaba con